

PALENCIA Y LOS LATIDOS DEL CORAZÓN

Julián Sánchez Melgar

Casino de Palencia, 27 de agosto de 2018.

Señoras y señores.

Autoridades.

Agradezco al Casino, a su Junta Directiva y a su presidente, Evaristo Urraca, en nombre de todos, la invitación para estar aquí hoy.

Gracias a todos por su presencia, a Lidia y a Julio, mi hijo pequeño, a mis familiares y los amigos que me acompañan. Su presencia en este tipo de actos me da una tranquilidad que no es fácil de mantener en estos momentos tan emotivos.

Y gracias naturalmente a los socios que contribuyen a mantener esta institución desde marzo de 1862 y que tanto ha supuesto para la vida social y cultural de Palencia.

Como tuvo la oportunidad de recordar mi suegro, Pedro Miguel Barreda, cuando fue invitado a pronunciar el Pregón de ferias, no se encontraba aquí la primera sede social del Casino, sino en la calle de San Juan, aunque pronto se constituyó entre estos muros, e incluso el Casino compró este inmueble con un esfuerzo económico importante, que pronto se vio recompensado al ser considerado en toda Palencia como un círculo de recreo, selecto y cultural. Debo remarcar que el Casino siempre ha sido un centro independiente, sin ningún tipo de adscripción política, y buena prueba de ello han sido las diversas tendencias de los presidentes que han ocupado esa

responsabilidad.

De la llamada “máquina del tiempo”, recupero las palabras de Julián García Torrellas, cuando nos dice que el Casino está en el corazón de la ciudad; y es verdad. Por eso, yo he titulado este Pregón como “Palencia y los latidos del corazón”. Porque a Palencia la llevo en el corazón, y el Casino es la historia viva de Palencia, siendo incluso el único reducto que atestigua que la calle Mayor tenía a ambos lados soportales; y ya ven, hoy solamente quedan como vestigio los soportales del Casino en la acera de los impares.

De esta gran institución, ocupa ahora la presidencia el prestigioso abogado, Evaristo Urraca Fernández, desde que ganó las elecciones al cargo, no hace mucho tiempo por cierto, y que es de mi generación, y con ello quiero también rendir un homenaje a todos los abogados, procuradores y graduados sociales, que tan importantes son para la buena marcha de la Administración de Justicia. Evaristo es presidente, abogado e ilustrado palentino, que ostenta esta responsabilidad con mucho prestigio.

Y por supuesto, dentro de los socios, he de hacer un recuerdo muy especial a mis padres, Julián y Amparo, socios del Casino y que pasaron tan buenos ratos en este círculo cultural. Yo también acudía con ellos a tomar un café a esta casa, en mis años mozos (y no tan mozos, les he de confesar). En Palencia se agradece contar con una institución, cultural y recreativa, como ésta.

En este foro han tenido lugar a lo largo de esos años, ya más de 150, múltiples actividades culturales, que han sido referencia tanto en nuestra provincia como más allá de nuestros límites territoriales.

Buena prueba de lo que les digo, es la conferencia: “La metafísica de

las palabras y su imbricación con los pensamientos”, que es el título que dieron a su charla los profesores D. Miguel Ángel Rodrigo Alario y de D. Francisco Javier Ibáñez Gallego, y su solo enunciado ya es indicativo del nivel de sus ponentes y de los asistentes.

Es por ello que la invitación a dar este Pregón supone para mí, a la par que una inmensa satisfacción por haber contado conmigo, una enorme responsabilidad por el nivel al que ustedes están acostumbrados.

Sería interminable citar a los personajes ilustres que han pasado por esta tribuna, solamente quiero citar, por ejemplo, a Rafael del Río, Fernando Martín Aduriz, y un larguísimo etcétera.

Mis palabras en este Pregón, tienen que pasar necesariamente por el recuerdo. Al fin y al cabo, yo soy eso que hoy se llama un palentino ausente. Pero quizá los palentinos ausentes seamos los más presentes, porque llevamos a Palencia siempre con nosotros, en nuestro recuerdo, y naturalmente, como he dicho, en nuestro corazón. Vosotros tenéis la fortuna de vivir en Palencia y de disfrutarla a diario. Nosotros la vivimos en el recuerdo y en la nostalgia.

Pero yo creo que Palencia es de todos: de los presentes y de los ausentes; esa es la verdadera grandeza de Palencia. Y también creo que no hay jerarquías en el amor por Palencia: todo palentino ama, como el que más, a su tierra chica, a su ciudad y a su provincia. Y a España, naturalmente.

Palencia tanto es de los que hemos nacido aquí, como de los que no han nacido aquí, pero viven en esta ciudad, y la aman.

Es nuestra Palencia, con la P de Palencia.

Es la P de la capital y la P de todos sus pueblos, porque sin ellos Palencia no es Palencia

Además, mi experiencia es periférica, porque yo nací allende el río, para enseguida, con un año de edad, pasar a vivir en la calle Mayor, pero no la calle Mayor principal, sino la calle Mayor antigua, denominada entonces como la calle del General Mola.

Mis primeros recuerdos de mi infancia son de San Miguel y de nuevo de la orilla del río Carrión, pues más tarde pasamos a residir a la calle del Portillo de Doña María. De San Miguel recuerdo sus tejadillos inferiores a ambos lados y que a modo de refuerzo arquitectónico rematan el templo a una cierta altura del suelo, y a donde nos subíamos los niños en un ejercicio de equilibrio que nunca olvidaré. San Miguel era mi parroquia, y en San Miguel, me casé, hace ya unos cuantos años (mañana hará 35 años, concretamente). También dicen que en San Miguel se casó el Cid Campeador, así que aunque sea solo en esto, hemos sido colegas.

Pero no se abrumen, que no les voy a hablar excesivamente de mi infancia, porque esto no es mi biografía, aunque algunos recuerdos personales, sí me voy a permitir exponer. Al fin y al cabo, no me resisto a contarles algunas de mis experiencias personales, tanto como juez como, sobre todo, Fiscal General del Estado, que es lo que seguramente esperan de mí.

De mi niñez solamente puedo decirles que la pasé con mis juegos en el entorno de San Miguel y en la orilla del río. Recuerdo que los niños hacíamos mucha vida en la calle, y como vivía cerca del río, conocí todo su entorno, incluida lo que es un espacio entre las aguas, y que

ahora está muy bien urbanizada, y se la llama tan pomposamente, pero con acierto «la isla». Y enseguida, acudí a la escuela, al Colegio de Villandrando, en la calle Mayor, y después al instituto Jorge Manrique, entonces único y que ahora llaman "el viejo", que me acogió hasta mi acceso a la Universidad de Valladolid. Mis preferencias al llegar a la universidad fueron Medicina, Arquitectura y Derecho, todas las cuales podía permitirme, porque yo había hecho mi Bachillerato por Ciencias, pero las leyes me llamaban, estaban envueltas en una vocación judicial muy temprana, porque la Justicia para mí, siempre ha sido lo más importante. Esto que parece un eslogan publicitario –la Justicia, lo más importante–, sigue siendo para mí algo más que un eslogan, es un referente de mi vida entera dedicada a la Justicia.

De esa edad, recuerdo el fútbol, que desde pequeño ya me encantaba, y, claro, al Palencia C.F., que eran los colores de mis amores (morado y blanco), y a donde acudía a verlo, los domingos en que jugaba en casa (entonces solamente había fútbol los domingos, ¡vaya diferencia con lo que ocurre ahora!), en el estadio de La Balastera, la vieja Balastera naturalmente, y recuerdo también que no faltaba nunca a mi entrada de general, de pie, siempre de pie, a pesar de que los espectadores de tribuna nos hacían gestos para que nos sentáramos todos y viéramos más cómodos el fútbol. Pero no, seguíamos de pie, porque nos parecía que era signo de un aficionado más entregado.

En éstas, iban pasando los años. Los españoles nos íbamos abriendo a Europa. Se iba aprendiendo cada vez más inglés. Les diré una cosa: en el instituto, en primero de bachiller, solamente seis alumnos habíamos elegido inglés como lengua de aprendizaje durante el bachillerato. Y es que en España, como muestra de nuestra evolución en la lengua de Shakespeare, pasamos de denominar al actor Kirt

Duglas, padre, con ese apellido, Duglas, y a su hijo Michael, con el mismo apellido, pero ya pronunciado Daglas, Michael Daglas, y padre e hijo parecía que tenían distinto apellido, pero que va, era cosas de la evolución y de nuestro aprendizaje.

Queridos amigos

Ser palentino no es solamente haber nacido en Palencia. Y no voy a decir aquello de que los palentinos nacemos donde queremos, como dicen otros, sino que el palentino es aquella persona que se emociona cuando oye hablar de Palencia, por ejemplo, de la Calle Mayor, de los distintos barrios de la ciudad, de sus iglesias, de sus monumentos o de sus rincones, o el que recuerda un día despejado desde el Monte Viejo, el que reconoce a nuestra "Bella desconocida" entre las fotos de un diario o de una revista y no puede pasar página porque siente que no puede dejar de mirarla. El que se sienta al lado del Canal de Castilla, y observa esa obra monumental y le parece también que es poco conocida.

El palentino se emociona con su gastronomía, de la que yo destaco el lechazo asado y el riquísimo pan candeal, o pan blanco palentino. O las patatas bravas, que han sido profusamente votadas recientemente en las redes sociales.

El palentino es el que cuenta los días para que lleguen las fiestas de San Antolín y organiza las vacaciones en el trabajo, u observa el inicio del curso escolar para estar aquí, porque no hay otro sitio mejor en el mundo en el que quisiera estar.

Pero no siempre se puede estar por San Antolín en Palencia. Me gusta recordar el fervor con que, de pequeño, vivía el 2 de septiembre, fiesta de San Antolín. Era un día especial, en el que sentía una

intensa e inmensa emoción, desde que me levantaba. La ciudad estaba bellísimamente adornada, la calles engalanadas, la gente parecía eufórica, recuerdo la procesión por las calles del centro, el vermut en los bares, acompañado de riquísimos calamares, antes de comer, y por la tarde, los toros (naturalmente el cartel principal dedicado al día del Santo). El circo acompañaba la ciudad en estos días de fiestas, para el recreo de niños y otros más mayores, pero también niños. Recuerdo que los niños veíamos por la calle los puestos con juguetes, y esperábamos que nuestros padres nos compraran uno.

Recuerdo también los pasacalles de las peñas. Mi propia integración en ellas, porque yo era partícipe también de esa alegría popular. Nosotros teníamos nuestra propia peña, me refiero a mi pandilla, que nos llamábamos –aún lo hacemos– “Los Grillos”. Desfilábamos por la ciudad, íbamos de vinos, o acudíamos a los espectáculos organizados por el Ayuntamiento e incluso tirábamos cohetes. No puedo dejar de referir la anécdota de que un municipal nos pidió la licencia gubernativa para tirar cohetes, y ante mi asombro, por un escrupuloso cumplimiento de la norma administrativa que a mi me parecía poco habitual, uno de nosotros, José María “Marus”, que le llamamos por derivación de su apellido Marugán, extrajo de la chaqueta el susodicho papel, y lo exhibió con petulancia ante el agente de la autoridad. Habíamos cumplido rigurosamente con la ley.

Y hablando de mi pandilla, quiero en este momento, hacer un homenaje de recuerdo y admiración a uno de esos “grillos”, bien conocido en Palencia por sus responsabilidades deportivas dentro del baloncesto, que nos acaba de dejar hace unos pocos meses, Rufino García López, “Chufi”, y que por tanto serán nuestros primeros sanantolines sin su presencia. Hace poco le dedicaba el Ayuntamiento unas instalaciones deportivas a su memoria. Seguro que estás entre

nosotros, allá arriba.

Se encuentran en esta acto, su viuda, Sole, y sus hijos.

Les pido un aplauso para «Chufi».

Les aseguro que durante toda mi vida, he recordado todos los años la emoción de ese día, el día de San Antolín, que en alguna ocasión me ha pillado incluso en el extranjero. Supongo que es una emoción muy nuestra, pero yo no puedo dejar de emocionarme cuando siento que el calendario muestra el día 2 de septiembre, y no puedo estar en Palencia. Desconozco si esto se está o no perdiendo, pero me gustaría que no fuera así.

Queridos amigos

Ser palentino es entrar en la Plaza de la Inmaculada o en la Plaza Mayor, contemplar el Ayuntamiento y el monumento a Victorio Macho, y sentir que el tiempo no vale nada, que merece la pena sentarse en un banco y ver los niños jugando, algún vendedor de cupones, una paloma que vuela, un gorrión que se posa, una nube que pasa...

Y hoy ineludiblemente sacaremos una fotografía de todo ello con el móvil.

Y, en efecto, es sacar el móvil, cuando estamos fuera de Palencia, y exhibir con orgullo una fotografía del Cristo, e intentar convencer a algún conocido de que el Cristo del Otero es el mayor del mundo, o al menos de similares dimensiones, que el Cristo Redentor o Corcovado de Río de Janeiro. Pero qué más da, metro arriba, metro abajo, si es tan nuestro...

O contar entre las aventuras parlamentarias nuestra aportación al parlamentarismo de la Iglesia de San Francisco, que fue sede de las Cortes Generales en el siglo XIV.

Nos perdemos recorriendo las calles de nuestra ciudad, porque los palentinos hemos logrado que nuestras calles tengan nombres que aún nos suenan muy presentes (El pasado 17 de febrero se inauguró una calle que lleva el nombre de mi suegro, Pedro Miguel Barreda, erudito, escritor y cronista palentino).

Aprovecho para agradecer, una vez más, en nombre de toda la familia, ese gesto, tanto al Ayuntamiento, como al entonces titular del Ministerio de Cultura, que se encuentra aquí presente, por su apoyo.

Queridos amigos

Venir a las fiestas de la Virgen de la Calle, San Marcos, la "Feria Chica", los gigantes y cabezudos del Corpus, el pan y el quesillo de abril ... y beber agua de la fontanilla o el pozo el 2 de septiembre por San Antolín, es todo ello muy nuestro.

Creo que si quisiera recordar mi vida, y quiero hacerlo, gran parte de mis mejores momentos tendrían que ver con estas fechas, porque su repetición, su cadencia, se han vuelto una especie de latido necesario en mi existencia, que sin ellos no podría vivir; o sería otra vida, carente del sentido mágico que estos días le dan.

Queridos amigos

Me emociona el recuerdo de mi madre recorriendo las tiendas de la

calle Mayor, entrando a la Boutique Pilar López a mirar un traje, hablando con Pilar, madre de Esmeralda Rasillo, gran Fiscal, hoy Directora General de Relaciones con la Administración de Justicia, y palentina como todos nosotros.

Y hablando de moda, recuerdo también que yo me ponía aquellos pantalones cortos con que solíamos vestir los niños, cuando las madres se esmeraban en arreglarnos.

Porque los niños no usábamos los pantalones cortos de ahora, no, eran mucho más cortos, los recuerdo perfectamente. Cosas de la moda, claro. Y recuerdo también la alegría de usar corbata por primera vez con una chaqueta y, claro, también con pantalón corto.

Y al lado de Pilar López, que acabo de citar, la perfumería Lady (o *Leidi*, otra vez el inglés), de mi hermana Puri, en plena calle Mayor, muy cerca de aquí. Baluarte de los perfumes durante más de treinta años, y de la cosmética y de las exclusivas; en fin, este sería otro pregón. El de las tiendas de la calle Mayor, pero ya está escrito...

Y como he dicho, así comenzó mi singladura en el mundo estudiantil que me llevó fuera de esta ciudad... pero no muy lejos, sino a Valladolid, que está aquí al lado, y ahora mucho más cerca, con la autovía o con el Ave.

Y con el tiempo, en el verano de 1978, acabé la carrera de Derecho. Ese invierno se iba a someter a referéndum la Constitución española. Y andando, andando por el mucho del Derecho, hice mis primeros pinitos en la asesoría jurídica, aunque sin colegiarme nunca formalmente de abogado. Me acogió Don Antonio Hermoso Junco, a quien siempre le estaré agradecido por hacerme un hueco en su despacho. Gracias, Antonio, siempre me ayudaste. Estaba en el

despacho también, el ahora Decano del Colegio de Abogados de Palencia, Don Santiago González Recio, al que igualmente agradezco su apoyo y consejos. La Audiencia Provincial estaba presidida por Ramón Bermúdez. También él fue muy amable conmigo.

Y así, pasado un año, empecé la preparación de las oposiciones a judicatura, que siempre fue mi verdadera vocación, al punto que mientras las preparaba, la Administración de Justicia, ya me fichó –si me permiten la expresión– como juez sustituto, y a mí me hacía la ilusión, sin serlo, claro, que ya había ganado las oposiciones. Incluso reclamó como primer acto de mi relumbrante actuación profesional, y lo digo claro entre comillas, fue precisamente casar por lo civil a un hijo de quien era el juez titular al que yo precisamente sustituía.

Mi preparador fue Luciano Salvador Ullán, juez entonces de Carrión de los Condes, al cual le estoy muy agradecido. Gracias Luciano, siempre me ayudaste.

Como a pesar de mi vocación judicial, yo quería, sobre todo, ganar unas oposiciones que permitieran mi independencia económica, aprobé las oposiciones a lo que hoy se denomina letrado de la Administración de Justicia, y me incorporé en su escalafón en la mismísima ciudad de Burgos, en donde seguía estudiando sin parar mis oposiciones a judicatura.

Dos años más, y ya en el año 1983, tras un breve paso por la Escuela Judicial, me incorporé a mi primer destino judicial, en la ciudad de Reinosa. Lo elegí, primeramente porque allí había residido mi padre, y también por mi afición a la montaña, afición que me ha acompañado durante toda mi vida. Y que aún hoy practico con asiduidad.

De ahí, tras un breve paso por Miranda de Ebro, los destinos siguientes: Mataró, Barcelona, Santander, Ávila o Madrid.

Pero Palencia siempre estuvo presente en nuestra vida. Y aunque es cierto que, como dijo un afamado humorista, refiriéndose a su tierra, *pocos podemos decir que somos de Palencia*, en realidad no es cierto, somos muchos y, por nuestra presencia en la sociedad y en todos los estamentos, parecemos aún más.

Así que citaré a los relacionados con el ámbito de la justicia, y dentro de ese ámbito, judicialmente son de Palencia o han estado en Palencia: Perfecto Andrés Ibáñez, Teófilo Ortega, compañeros en el Tribunal Supremo, María Luisa Segoviano, también magistrada del Supremo, que no es de Palencia pero está muy vinculada a la ciudad. Los Fiscales Antolín Herrero, Manuel Martín-Granizo, Ricardo González Cerrón, Lourdes Rodríguez Rey o Consuelo Madrigal (ex Fiscal General del Estado). Y Victoria Ortega, la primera mujer que ha presidido el Consejo General de la Abogacía Española.

Milagros Calvo (sala IV del Tribunal Supremo, y primera mujer en el Alto Tribunal).

Esmeralda Rasillo, y su hermana Pilar, magistrada.

Las hermanas Martín Nájera (Pilar, Soledad o Teresa).

Amparo Camazón y Lourdes Sanz, en Madrid.

María José Renedo, presidenta de la Sala de lo Social del Tribunal Superior de Justicia de Castilla y León.

Mauricio Bugidos, en la Audiencia Provincial de Palencia, compañero de carrera.

Teresa Santos, magistrada en Madrid, en un Juzgado civil.

José Luis Gil Ibáñez, en una sala de lo contencioso, de la Audiencia Nacional.

Nacho Tejido y José Luis Cuesta, fiscales.

La fiscal Marta Rojo, que se encuentra además en su condición de

familiar de la familia de Rufino García López.

Miguel Carreras, magistrado

Antonio Relea, abogado

Compañeras de Valladolid, en Derecho, como Marimer Vita, o Isabel, o Ana, que íbamos y veníamos en los autobuses a Valladolid, todos los días a clase.

Todos mis compañeros de Palencia

Y seguro que tengo olvidos imperdonables, pero de quien no me quiero olvidar es de mi hermana Begoña, Teniente-Fiscal en Zamora, y a quien agradezco sus consejos cuando ejercí mi responsabilidad como Fiscal General del Estado, de cuya etapa seguidamente les hablaré.

Pero antes de ello, les diré que en el Tribunal Supremo he pasado casi los últimos dieciocho años de mi vida.

He tenido la experiencia de conocer la casación, por dentro y por fuera.

He tenido la oportunidad de participar en muchas de las decisiones más importantes de nuestro Alto Tribunal.

He tenido la suerte de acudir a la elaboración de sus plenos jurisdiccionales y no jurisdiccionales.

Uno de los asuntos más conocidos fue mi elaboración como Ponente de la denominada doctrina «Parot», mediante la cual se ajustaba la respuesta punitiva a la gravedad de los delitos cometidos. No podía tolerarse, a mi juicio, una respuesta idéntica para quienes eran delincuentes diferentes. Si hoy preguntáramos entre la gente si les parece bien que tenga la misma pena un delincuente ocasional que un seriado criminal, seguramente la respuesta sería obvia. En eso se

basaba la doctrina Parot, respaldada por el pleno de la Sala Segunda del Tribunal Supremo, el pleno del Tribunal Constitucional español y revocada por Estrasburgo. Pero observen que la doctrina «Parot» no ha sido corregida, sino superada: enseguida quedó sin efecto precisamente porque las penas se intensificaron, primero a cuarenta años de prisión y hoy a la pena de prisión permanente revisable.

Pero sobre todo, he tenido la inmensa fortuna de conocer a mis compañeros, impresionantes juristas, de los que tanto se aprende, en el día a día.

Y dentro de ellos, claro, quiero citar a dos de ellos. Uno, de inmensa actualidad hoy, Pablo Llarena, que se merece nuestro respeto y apoyo.

Y otro, que supuso para mí una inflexión especial en mi vida. Me refiero naturalmente a José Manuel Maza.

José Manuel, falleció repentinamente, en Buenos Aires, el sábado día 18 de noviembre de 2017. Fue una pérdida impresionante, por su valía profesional y por su bondad personal. Como compañeros de la Sala de lo Penal del Tribunal Supremo, yo me hallaba muy unido a él.

Pronto surgieron las quinielas sobre su sucesión, e inmediatamente mi nombre saltó a la palestra pública.

Como ocurre en estos casos, se barajaron por la prensa otros nombres.

Y todo de forma fulgurante, pues la capilla ardiente se instaló el lunes siguiente, a la que acudimos Lidia y yo, con nuestro hijo pequeño Julio, pues José Manuel quería mucho a mi hijo Julio, y Julio quiso

acudir a darle ese último adiós, que nos parecía imposible. Esa semana transcurrió rápidamente hasta llegar al jueves, día 23 de noviembre, en el que se celebraría el funeral oficial en la iglesia madrileña de Santa Bárbara

Les voy a contar una anécdota. Precisamente, íbamos Lidia y yo en el autobús, de la línea 9, cuando recibí una llamada en el móvil, por la que se me informaba, y no puedo públicamente desvelar más detalles, pero en esencia se me decía que el Gobierno, en el Consejo de Ministros del siguiente día, viernes, iba a valorar mi propuesta como candidato para nuevo Fiscal General del Estado.

Y les puedo decir que aunque ya me iba haciendo a la idea, en mi interior albergaba la esperanza de que no se materializara, por la enorme responsabilidad que supone tal designación.

Pero a los retos personales, no estoy acostumbrado a decir que no.

Así que me quedé paralizado por un momento.

Y me acordé de la leyenda, que ya es historia, cuando el rey Don Sancho fue una mañana de caza, siguiendo un jabalí, y se quedó paralizado al entrar en la gruta de nuestro Patrón San Antolín, que así lo entendió como una señal.

A mí me pasó lo mismo, me quedé paralizado, y lo entendí como una señal de que el futuro, una parte naturalmente del futuro de España, se ponía en mis manos.

Pues, bien, paralizado por la emoción, acepté tal responsabilidad, pidiéndole a nuestro Santo que me guiara y que me diera fuerzas para afrontar ese cometido, y prometí que lo iba a desempeñar desde

la humildad, sin más arco ni más flecha que un sentimiento esculpido desde la devoción a la ley. Como he tenido ocasión de repetir en multitud de ocasiones: la ley, como límite, como principio y como fin.

A partir de ahí, se sucedieron los trámites como candidato, primero el placet del Pleno del Consejo General del Poder Judicial a mi idoneidad, y después la preceptiva comparecencia en sede parlamentaria ante la Comisión de Justicia del Congreso de los Diputados, el día 5 de diciembre de 2017. Tengo que decir que para los que no estamos acostumbrados a ir al Congreso, comparecer en la Comisión de Justicia suponía un trámite que impactaba, sobre todo algunos grupos, especialmente los más distantes del Gobierno, se suponía que iban a disparar con bala. En realidad, no fue así, y recibí muchas enhorabuenas sinceras e insospechadas, y que yo agradecí enormemente. Expuse mi programa de actuación al frente de la FGE, y las directrices sustanciales a las que yo creía debía responder la Fiscalía: independencia y unidad de criterio; ni aceptaría órdenes del Gobierno, ni veía tolerable que la Fiscalía en una instancia o en una jurisdicción se hiciera una cosa, y la contraria en la siguiente. También me parecía que la cúspide de la carrera fiscal debe conocer las decisiones más importantes, o mediáticamente trascendentes.

Tras la comparecencia, el Consejo de Ministros del día 8 de diciembre, aprobaba mi nombramiento, y yo juraba el cargo en el Palacio de la Zarzuela el lunes siguiente, por la tarde, ante S.M. el Rey Felipe VI.

El acto es muy sencillo pero también muy impresionante.

Durante la conversación posterior a la jura, ya se puso de manifiesto una frase que resultó recurrente; algo así como no sé darte la enhorabuena, o no, dada la dificultad y tremenda dureza del cargo, a lo que yo asentía también contándoles la anécdota de lo que mi hijos

me dijeron cuando supieron del nombramiento: *ivaya marroncito, papá!*

Pronto pude comprobar la cruda realidad de esas palabras.

La responsabilidad te absorbe todo el día. Como yo decía: *todos los días tengo un problema importante, y el día en el que no lo tengo, es porque tengo tres o cuatro.*

La estructura jerárquica del Ministerio Fiscal propicia que, aunque tengas asesoramiento constante para cualquier cuestión que surja, la responsabilidad última de la decisión es tuya.

No hay colegialidad en las decisiones, como ocurre en los tribunales. La responsabilidad es exclusivamente del Fiscal General del Estado.

Para darse cuenta de la dimensión de tal responsabilidad, no hay que fijarse nada más en que la plantilla de la Fiscalía está compuesta por 2.500 fiscales, lo que supone que el Ministerio Fiscal, como el gran bufete de la ley que es, transmite los problemas que pueden traspolarse por la cantidad de asuntos que atienden diariamente.

Ello aparte de los grandes temas que me tocaron vivir, como el caso *Cataluña*, las cumbres internacionales, los encuentros entre distintos órganos y rangos de fiscales, las comparecencias parlamentarias, etc. Viajes internacionales, como viajar a Lisboa o París por la mañana y regresar por la tarde.

Los miembros del Consejo Fiscal que me recibieron al llegar al cargo, me decían que ellos habían conocido a cuatro fiscales generales durante su mandato, y yo les contestaba, que en mis seis meses, había tratado con dos Consejos Fiscales, porque durante mi

responsabilidad también ocurrió la elección a un nuevo Consejo Fiscal.

A menudo me preguntan cómo es el día a día en la vida de un Fiscal General del Estado, y les aseguro que es duro, y no es una frase hecha. El día comienza, generalmente, a las ocho de la mañana, con la recepción de la prensa digital, que se recibe en el teléfono móvil. El teléfono comienza a rugir como una metralleta, disparando titulares de prensa, que te hacen comprender que en la prensa se están comentando las decisiones de la Fiscalía, tanto las tomadas como las pendientes de tomar. Inmediatamente, se preside la reunión de coordinación, a la que asisten el Teniente Fiscal, el Inspector Jefe, el Jefe de la Secretaría Técnica y el Jefe de la Unidad de Apoyo. Tras marcarse las directrices generales, comienzan las visitas, las consultas, el teléfono, la comida oficial organizada para el día, bien con una delegación diplomática, bien con una visita institucional; por la tarde continúan las visitas, y a última hora de la tarde, suele haber recepciones o actos a los que se debe acudir. Mientras tanto, el teléfono suena constantemente.

Voy terminando.

Me gustaría decirles que, volviendo al plano informativo, nos planteamos enseguida el perfil de mi actuación. Yo opinaba que muy discreto, y así fue. Las apariciones públicas se produjeron en contadas ocasiones, y teníamos que rechazar el aluvión de petición de intervenciones públicas que se solicitaban ante la FGE. Las entrevistas se dieron con cuenta gotas.

En esencia, básicamente se concedió una entrevista al Diario Palentino, y gracias a la gentileza de su director, Don Carlos Martín Santoyo, que se publicó a finales de abril, y que el grupo transmitió a

todos sus periódicos, entre ellos, Burgos, Albacete, Toledo, etc. y también en el Diario de Ávila que lo sacó en portada, de tal manera que la entrevista tuvo mucha difusión mediática. En esa propia entrevista se resaltaba como titular, entre otros, el siguiente, para mí muy significativo: «*Palencia no es un recuerdo. Está muy presente en mi vida*».

Fuera de ello, también en medios técnicos, como en la revista La Ley, o en la edición mensual de Escritura Pública o en la revista de Graduados Sociales, todo ello sin perjuicio de las entrevistas generalistas publicadas a la terminación del mandato, en toda clase de medios nacionales.

Preferíamos notas de prensa, a apariciones mías en medios de información nacional. Además, si acudes a un medio, debes acudir a todos.

Opinaba, y sigo opinando, que la figura que encarna el Fiscal General del Estado, no es una especie de *vedette*, sino un cargo de gran contenido técnico jurídico para la defensa de la ley. «Ley, ley, ley», me repetía, constantemente, a mí mismo. Por eso, y también esto lo he dejado dicho públicamente, el cargo de Fiscal General del Estado, no es un cargo político. E igualmente por ello, cuanta más independencia personal tenga la persona que lo desempeñe, mejor. De ahí, que no está bien resuelto en el EOMF, a mi juicio, que tenga que cesar cuando cesa el gobierno que lo nombró, porque esta vinculación da una indeseable sensación de dependencia política.

Mis recuerdos me han arrastrado al pasado, os pido disculpas.

Vuelvo a Palencia.

Han sido en suma estas palabras que hoy he pronunciado, un homenaje a Palencia, a los palentinos y a todos aquellos que la sienten como su ciudad.

Es la Marca Palencia, que de la mano de Santiago Álvarez-Barón, está caminando hacia el exterior de nuestra provincia.

Esta vida que no ha sido mía, porque ha estado dedicada a la Justicia, solo podía seguir si el corazón continuaba latiendo, si la sangre que recorre mis venas sentía el impulso, la alegría que da el retorno, la frescura de la savia nueva.

Y esa savia ha terminado siendo fiesta: San Antolín.

Porque los compromisos, el trabajo, la vida ajetreada que todos llevamos, nos obliga a elegir entre todos aquellos compromisos apuntados en un papel, o en la tablet, o en la nube, o quién sabe ya dónde, y que nos alejan, poco a poco, de lo que verdaderamente queremos, de lo que nos importa realmente; pero no, rebelémonos frente a esa vida inapropiada, déspota, diría yo, y hagamos un ejercicio de dar preponderancia a nuestros sentimientos, de oír más y más a nuestro corazón, de darnos cuenta de que las personas próximas no pueden esperar, no pueden esperar más, y hagamos un esfuerzo por dejar de un lado esos compromisos, para dedicarnos a disfrutar de lo verdaderamente importante.

San Antolín fue un hombre que supo convertir su vida en un ejemplo y dar su vida por sus ideales. Renunciar a todo como hizo el Santo es algo que demuestra una grandeza de espíritu desde la fe.

Por eso, queridos amigos, yo vivo esta fiesta de San Antolín como ese momento en el que cada año renuevo mi compromiso con la ciudad,

pero también en el que pido al santo que me dé una vida para vivir conforme a su ejemplo. Y a ello os invito.

Aprovechad estos días para vivir la ciudad, para compartir la amistad, pero también para sentir en vuestro corazón, como en el mío, querer estar en Palencia durante estas fiestas. Querer siempre a Palencia.

Disfrutad de las Fiestas de San Antolín.

Y recordad que lo verdaderamente importante es, hoy, nuestra ciudad, nuestros amigos, nuestra familia. Y ello nos va a proporcionar la oportunidad de querernos un poco más; por eso, como dijo el poeta, Mario Benedetti, vivamos con intensidad el futuro, no os rindaís, aunque el frío queme, aunque el sol se ponga y aunque calle el viento.

Aún hay fuego en vuestra alma, aún hay vida en vuestros sueños, porque cada día es un comienzo nuevo, porque esta es la hora y este es el mejor momento.

Decid conmigo:

¡Viva San Antolín!